

An illustration of an open book with a small boat sailing on the pages. The boat is brown with a red sail and is positioned in the center of the open book. The pages are white with black outlines. Above the book, there are various letters and symbols (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z) floating in the air, suggesting a theme of knowledge or learning. The background is a solid light gray.



Entre ensayos y viajes a través de las palabras

Mauricio Humberto Rodríguez Panduro

Giovanny Ulises Camargo Venegas

Tatiana Paola Angarita Hernández

Laura Valentina Hernández Parra

Nikol Dayanna Morales Medina

Christian Andrey Castaño

Jonnathan Alberto Chacón Montes

Michell Yesenia Aros Zapata

Carlos Andrés Dávila Romo

Yilber Sebastián Hernández Gómez

Willinton Eraso Bolaños

Paula Alejandra Cárdenas Bedoya

Diego Alejandro Moreno Ramírez



UNIVERSIDAD COLEGIO MAYOR DE CUNDINAMARCA
SELLO EDITORIAL

Primera edición, 2024

© Mauricio Humberto Rodríguez Panduro, Giovanni Ulises Camargo Venegas, Tatiana Paola Angarita González, Laura Valentina Hernández Parra, Nikol Dayanna Morales Medina, Christian Andrey Castaño, Jonnathan Alberto Chacón Montes, Michell Yesenia Aros Zapata, Carlos Andrés Dávila Romo, Yilber Sebastián Hernández Gómez, Willinton Eraso Bolaños, Paula Alejandra Cárdenas Bedoya, Diego Alejandro Moreno Ramírez.

© UNIVERSIDAD COLEGIO MAYOR DE CUNDINAMARCA

Sello Editorial Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca
Carrera 13 No. 38- 29, Edificio San Juan, noveno piso
selloeditorial@unicolmayor.edu.co
www.unicolmayor.edu.co

Corrección de estilo

Juan Alberto Blanco Puentes

Diseño de portada y Diagramación

Área del Sello Editorial

Ilustración: Freepik

Bogotá, Colombia, 2024

ISBN: 978-958-5198-30-2

El contenido de esta obra está protegido por las leyes y tratados internacionales en materias del Derecho de autor. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio im-preso o digital conocido o por conocer sin contar con la previa autorización de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.

Contenido

Prólogo	7
I. Cuento	
Sara, la Maga	11
<i>Mauricio Humberto Rodríguez Panduro</i>	
El hombre sin lentes	14
<i>Giovanny Ulises Camargo Venegas</i>	
15 de diciembre de 2035	18
<i>Tatiana Paola Angarita González</i>	
La evolución de la caverna	20
<i>Laura Valentina Hernández Parra</i>	
Esencia	23
<i>Nikol Dayanna Morales Medina</i>	
¡El país Multicolor!	25
<i>Christian Andrey Castaño</i>	
Entre el ser y la nada, elijo el instante...	27
<i>Jonathan Alberto Chacón Montes</i>	
La habitación	30
<i>Michell Yesenia Aros Zapata</i>	
Cuentos del siglo XXI: el señor desterrado	34
<i>Carlos Andrés Dávila Romo</i>	
II. Ensayo	
El consumo es universal: una verdad absoluta	37
<i>Vilber Sebastián Hernández Gómez</i>	
La ceguera de muchos ante un gobierno que ve por unos pocos	40
<i>Willinton Eraso Bolaños</i>	
Colombia y su ceguera	43
<i>Paula Andrea Cárdenas Bedoya</i>	
Esa cosa llamada “humano”	46
<i>Diego Alejandro Moreno Ramírez</i>	

Prólogo

En el 2022, el Centro de Escritura Telar de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca realizó, por noveno año consecutivo, la Semana de la Diversidad Lingüística. Con el lema “Entre ensayos y viajes a través de las palabras”, nuestra unidad académica se propuso destacar la obra del Nobel José Saramago, en el centenario de su nacimiento, y materializar el objetivo del evento: “Propiciar un espacio interdisciplinar para sensibilizar a la comunidad acerca de la importancia de las lenguas en la formación profesional”.

En este contexto, se hizo la convocatoria al Concurso Institucional de Escritura, en su segunda versión, con el ánimo de potenciar las prácticas de la lectura y la escritura como herramientas que contribuyen a desarrollar, valorar y construir el conocimiento. Para las dos modalidades de participación (cuento y ensayo) el referente esencial fue la obra literaria de Saramago, la cual explora asuntos como los límites de la democracia, el consumismo, el papel del ciudadano en la cultura, el impulso de los derechos y deberes de la humanidad, la pérdida de la identidad en una sociedad masificada, el analfabetismo funcional como sistema de dominación, entre otros.

Precisamente, sobre estos temas que tocan todas las aristas de la sociedad contemporánea dan cuenta los nueve cuentos y cuatro ensayos que constituyen el presente libro. Cada escrito visibiliza la capacidad creativa, argumentativa y vital de sus autores y las posibilidades que ofrecen las palabras que, al decir de uno de los personajes de Saramago, “se van juntando unas con otras parece como si no supieran adónde quieren ir, y de pronto, por culpa de dos o tres o cuatro que salen de repente, simples en sí mismas, un pronombre personal, un adverbio, un verbo, un adjetivo, y ya tenemos ahí la conmoción ascendiendo irresistiblemente a la superficie de la piel y de los ojos, rompiendo la compostura de los sentimientos, a veces son los nervios que no pueden aguantar más, han soportado mucho, lo soportaron todo, era como si llevaran una armadura, decimos...” (1995, p. 320).*

* Saramago, J. (1995). *Ensayo sobre la ceguera*. Alfaguara.

Para la selección de los textos finalistas se contó, en primera instancia, con dos jurados internos quienes, como se estipuló en las bases del concurso, escogieron las propuestas que cumplían con los requisitos fijados para las dos modalidades. Con posterioridad, en la definición de primer y segundo puestos, participaron cuatro reconocidos escritores (Francisco Pineda, Luis Camilo Dorado, María Cristina Asqueta Corbellini y Juan Alberto Blanco Puentes), quienes, con sus valiosos conceptos, mostraron el significado de este escenario de encuentro creativo y lúdico, de goce de la palabra leída y escrita.

El equipo de docentes del Centro de Escritura Telar se congratula con esta segunda publicación. Para los ganadores y finalistas –profesores, estudiantes, egresados y funcionarios– este libro es una evidencia del empeño y dedicación puestos en la expresión de sus ideas que contribuye, de manera significativa, a generar contenidos culturales e inspirar a otros lectores y escritores. Nuestra gratitud a las directivas de la institución por el apoyo permanente a la labor de coadyuvar a que se conozca la producción de la comunidad e impulsar las incursiones literarias y académicas de los autores.

Clarena Muñoz Dagua

Docente Líder Centro de Escritura Telar
Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca

I. CUENTO

Sara, la Maga

Mauricio Humberto Rodríguez Panduro

Domingo 4 de abril

Sara, la Maga. Así se titulaban 547 páginas del nuevo *best seller*, en donde al final Sara, la Maga, revelaba la verdad suprema que rige la vida de todo mortal. Justo, luego de 547 páginas, el lector se encontraba con la verdad tan perseguida y anhelada por el corazón de todo ser humano (y aquí el lector me deberá perdonar el *spoiler*). Al libro le bastaron apenas 2 meses y 17 días para atrapar a 3.519.663 lectores de habla inglesa, tal como aparecía en tiempo real en la página web de estadísticas de lectura a nivel mundial: *Trust me*. (Esperamos que esa estadística no incluya a personas que hablen más de dos idiomas, porque el sesgo podría ser grande; sin embargo, no me detendré en este tipo de discusiones técnicas, por ser una nimiedad que no afectaría para nada lo referido al éxito de *Sara, la Maga*). Luego, fue la repentina traducción a 59 idiomas, lo cual incluía, por supuesto, el idioma español. Y fui uno de los que se dejó llevar... y, ahí tenía entre mis manos las 547 páginas de *Sara, la Maga*, cubriéndola entre las solapas del abrigo para que las frías gotas de lluvia de la sabana no fueran a estropear estas páginas tan reveladoras...

Recuerdo que vi el libro en medio de una tarde agitada y lluviosa de Bogotá. No daba la impresión de descansar sobre el estante, sino de estar levitando sobre el mismo y sostenido apenas por su aura brillante. A mi paso agitado, por no llevar conmigo un paraguas, solo pude desviar la mirada

por este hecho casi surreal y era ver, por primera vez, flotar un libro sobre un aura brillante. Esto es poco o nada usual. Antes me había bebido dos cafés bien fuertes, para paliar el frío, pero creo que poco me afectaron las facultades visuales, como para observar este hecho, y no dudar de lo que estaba viendo, pero lo cierto fue que entré a la librería, pagué los \$67.500 COP que costaba el libro y, lo único que acerté fue a tomarlo de forma expedita entre mis manos, sin pedir bolsas para contribuir a la conservación del planeta; como si el planeta se conservara cada vez que no compramos bolsas, y acerté en salvaguardar el libro entre las solapas para que las frías gotas de lluvia de la sabana, no fueran a estropear estas páginas tan reveladoras.

No puedo precisar las horas que me llevó fagocitar las 545 páginas una vez llegué a casa. Frank Trumbauer *and his orchestra* y la habitación inundada de olor de café, competía con el *I'm coming Virginia...*, luego más suave *Jazz Me Blues* de la *Bix Beiderbecke and his Gang...*, todo mientras me servía la primera taza de café, e iniciaba con ese “Érase una vez...”. La música fue desapareciendo y el olor a café fue recuerdo..., prendí un Piel Roja (tan difíciles ya de conseguir en cualquier tienda de Bogotá) y ahora solo fueron letras, palabras, historias, intrigas, paisajes, frases, suspenso, emociones..., estaba atrapado en los cientos de historias contenidas en apenas 547 páginas. El reloj marcaba las 11:57 de la noche... *Empty Bed Blues*... Esa voz ronca de Bessie Smith rompió por un instante el hechizo... y, terminado el encanto, sobrevino el deseo irreprimible de la micción, orina amarillenta, espesa y espumosa (perdone señor lector lo escatológico, pero se requiere reforzar y no dejar dudas de que nunca paré durante las 545 páginas por necesidades fisiológicas), pura orina retenida mis queridos toreros muertos, fue lo que pensé al realizar mi última micción, antes de finalizar este 4 de abril. Una risa socarrona me invadió. Volví al libro, lo cerré en la página 545 y me fui de inmediato a llenar la cama vacía y fría... *Four O'Clock Drag*... *The Kansas City Six* me ayudó a recordar de forma inmediata que mi jornada empezaba justo a las 4:00 a.m. del día siguiente... (Jamás alcancé a imaginar que un día el *Playlist* de *Rayuela*, que había considerado un ejercicio inútil y de poca valía, se convertiría hoy en la banda sonora de Sara, la Maga... ¿acaso por la Maga? Las rayuelas de la vida y los caminos del Señor son tan insondables). Esta vez el insomnio no hizo presencia y fui entrando al mundo de los sueños con *The Chocolate Dandies* y su *Blue Interlude*. ¿Entrar al mundo de los sueños es como entrar al cielo? ... no recuerdo si soñé con leones en la orilla de un mar africano... o con jaguares amazónicos, en lugar de hipopótamos, jugando a orillas del río Komati en Mozambique..., pero sea lo que haya soñado, en todo ello solo puedo precisar que residía el anhelo de leer y conocer y sentir y vivir esa verdad a ser revelada pronto... *Trust me*.

Lunes 5 de abril

Mis amados, para estos tiempos no existe otra verdad. Nuestro tiempo ya está programado. No vivirás más de un millón de horas. Nuestras telomerasas, como así las llaman, te dicen en silencio: no más de un millón de horas desde el momento en que naces. Solo un millón de horas (mil horas, como un perro). ¿Qué más verdad quieres? Que ibas a morir ya lo sabías, pero no cuándo. Pregúntate más bien ¿cuántas horas has vivido y cuántas te quedan? Leído esto, venía una línea final con la que se cerraba Sara, la Maga:

Dicen que Sara entró en un silencio profundo, a tal punto que nunca más volvió a hablar. Dicho lo del millón de horas, se llevó a la boca un polvo verde. El polvo era mambe, sabiduría amazónica liofilizada a partir de hojas de *Erythroxylum coca*. Ambos cachetes de Sara pronto estaban abultados por mambe... dicen quienes estuvieron esa noche con Sara, la Maga, que en la medida en que avanzaba el silencio de la madrugada en la selva amazónica, en la medida que iba amaneciendo, la maloka a orillas del río Putumayo fue testigo de la transformación de Sara, la Maga en libélula... Y mírale aún con los cachetes llenos de mambe.

Nota final:

Cerré el libro en la página 547. Me tomé el café de la mañana y salí raudo a abordar el M86 que me lleva hasta el Museo Nacional. Franqueé muchos escalones antes de llegar a mi sitio de trabajo, como siempre lo hago desde hace 11 años. Pensé que el libro *Sara, la Maga*, podría tener algún efecto sobre mí, como convertirme en libélula y volar hasta la oficina, sin necesidad de caminar..., los cachetes los tenía llenos de grasa y no de mambe... En lugar de alas, un pesado morral. Me sentí tan ansioso, hasta no poder respirar ni empezar la clase. Esta mañana la calculadora fue infalible. Al salir de casa me restaban 544.480 horas y, ya al llegar y empezar la clase me restaban 544.479. Terminé la clase de Virología diciendo: "Y como pueden concluir, los virus son partículas fascinantes". Me restaban 544.476 horas... y, no sabía exactamente si partiría para siempre antes de las 544.475 horas. Preferí tomarme el café de la media mañana.

El hombre sin lentes

Giovanny Ulises Camargo Venegas

Aquella era una modesta casa, vieja, con objetos bastante peculiares y raros, como un reloj de pared, un espejo, una lámpara de mesa y una tetera. El hombre anciano que la habitaba, se preparaba una taza de té y luego se posaba en la puerta rechinante de su casa, ubicada en lo alto de una colina empinada y alargada. Mientras bebía, miraba el horizonte y simulaba recibir el viento y el sol en su rostro, ¡qué hombre más extraño! La verdad, no sentía ni veía nada, pues lo único que había frente a su morada era la ciudad: una monstruosa agrupación de edificios tan altos, que atravesaban las nubes y obstruían cualquier vista, por lo que había olvidado cómo se veía el amanecer en el Este. Una bruma espesa se tendía a los pies de la loma, por lo que ya había olvidado cómo lucían los jardines y las calles. En la noche, la luz naranja de esas torres teñía el negror del firmamento, así que también había olvidado cómo lucían las estrellas.

Su vida transcurría en su propia colina, hacía mucho no bajaba. Pudo soportar el día en el que las “cajas negras” se apoderaron de los oídos y dedos de las personas, pero no pudo soportar cuando los lentes lo hicieron. Estos aparatos habían reemplazado todo lo que alguna vez conoció, las personas ya no se miraban, no hablaban, no se conocían ni se enamoraban si no era a través de ellos, aunque para él, todos habían olvidado lo que significaba enamorarse.

Estos dispositivos le daban a la gente la opción de ir a Plutón o a Mercurio, cenar con su ídolo o escuchar y ver cuanto quisieran mientras los tuvieran puestos; hicieron los sueños realidad, tanto perdían su propia conciencia y al final, se olvidaron que existía el mundo, los ríos y las plantas,

pero tampoco les importaba, pues de ello, ya se hacían cargo máquinas y androides.

Para el anciano era el ocaso de su vida, cada vez más se sentía como invasor de un mundo que jamás comprendería, que lo ignoraba, pretendía consumirlo y, como aún no podía, lo despreciaba. Lo único que le devolvía las ganas de vivir era Eleonor, su planta, tesoro invaluable, al cual cuidaba más que a su propia vida. Él siempre le decía: “Recuerda que soy primero que tú”.

Un día notó que Eleonor se estaba marchitando, ya había perdido un par de hojas y lucía bastante pálida. Por más que se esforzaba y la rociaba con la réplica del agua, no conseguía mejorarla. Así que, por primera vez en muchos años, se aventuró a bajar de su colina (aquella que parecía estar sobre la bruma), tratando de encontrar ayuda y una forma de salvarla. Aquel trayecto tomó bastante tiempo y esfuerzo, debido a su edad.

Por desgracia, no había nadie, las calles estaban vacías y solo los androides se paseaban de forma uniforme cumpliendo con sus tareas. Veía de vez en cuando sombras humanas en algún sendero, flotando y sin caminar gracias a ciertos dispositivos, pero al tocarlas buscando atención, se percataba de que tenían puestos los lentes que tanto odiaba; era como si para ellos fuera un fantasma invisible e inaudible. Lo empujaban, lo hacían caer y él solo podía gritar y sostener, de forma desesperada, su cabeza. Lloraba tendido en el suelo y sus lágrimas se escurrían a través de las rugosidades de sus mejillas, mientras veía los infinitos rascacielos que se entrometían en la capa gris de nubes, de las cuales no caía una gota de lluvia desde hacía ya muchos años. Duró unos instantes solo pensando, con la mirada ida entre el cielo y el suelo, hasta que cayó en cuenta que tal vez a su Eleonor le hacía falta lo mismo que a él, algo ajeno a las réplicas de los elementos de la Madre Tierra, con las que le pudiera recordar que el mundo no estaba completamente muerto. Se le ocurrió que, si lloraba sobre ella, sus lágrimas, las cuales sí eran de verdad, podrían hacerla revivir. Dejó atrás las calles oscuras y solitarias de la ciudad y volvió a subir su empinada colina.

El trayecto de subida, sin embargo, fue mucho más fuerte que el de bajada. Tardó horas y horas, y cuando al fin estuvo a punto de llegar a la pequeña casa, sintió un retumbar muy fuerte en su corazón, que lo hizo caer al suelo. Era como si un rayo lo hubiese atravesado, pero no le importaba, con las pocas fuerzas que aún conservaba se acercó a su Eleanor, la cual reposaba en una repisa, a las afueras de la puerta, como si estuviera esperándolo con ansias, mientras observaba al fondo la grotesca ciudad de vidrios negros. Faltando unos cuantos centímetros, colapsó, intentó acercarse más a su amada planta, pero fue en vano. Así que estirando su mano y con la visión desvaneciéndose, le dijo: “Al menos cumplí mi promesa, fui primero que tú”.

Aquella planta contenía las cenizas de su esposa, quien se llamaba así, Eleanor. El hombre le había prometido morir primero, pero el destino había sido lo contrario, ella había fallecido años antes, mientras él no estaba y nadie pudo ir a socorrerla (pues no tenía los lentes); depositó allí sus cenizas y se aferró a la idea de mantenerla viva el mayor tiempo posible, como si eso compensara su promesa rota.

El tiempo ha cambiado mucho en los últimos años, son muy pocas las plantas que han sobrevivido a la extinción, ya que su función fue reemplazada. Nadie permanece sin lentes, ni recuerda cómo luce el planeta o la realidad en la que habitan. Nosotros sí podemos verlo claramente, pero nos es indiferente, pues mientras sigan así...

A veces me gustaría poder llegar a comprender qué había en aquel sujeto, para que sacrificara su vida de esa forma por una simple planta, pero solo soy un androide observador y cronista, y se me programó con la única misión de contar la historia del último hombre sin lentes.

15 de diciembre de 2035

Tatiana Paola Angarita González

Andrea,

No te he olvidado, recuerdo tu risa, tu voz, tu rostro... Bueno, ya no sé cómo era el brillo de tus ojos, ni el corte de tu pelo, creo que son puras divagaciones de mi ser borracho, drogado, dolido, roto, enfermo, a punto de morir, loco, esquizofrénico...

Menos mal que ya no estás, es ya la una de la madrugada, espero no desvelarme nuevamente, hace mucho no duermo y el doctor afirma que lo debo hacer por mi salud, ¿cuál salud? ¿de qué salud habla? Si todos y todas estamos enfermos, seres invadidos y desbordados de amor y odio. Pero más de odio. Menos mal que ya no estás, no verás más la nueva era digital; niños muriendo de hambruna y 'estallando' los *views* en redes, ni analizando el incremento de la mercantilización del cuerpo de la mujer, la indiferencia, las desigualdades, las guerras, las pandemias... Ya no estás y te has salvado por completo de todo esto. A los dos días que falleciste, la capital entró en una nueva epidemia, virus C012 de origen austriaco. No dieron más que información suelta y la tecnología se utilizó para alertar y sobreexponer a toda la población. Imagínate, otra vez encerrados. Recuerdo cuando tuviste que trabajar en modalidad virtual, desde casa, estábamos un poco de tiempo más juntos, con Ilena, Ana y Joseph.

A veces se me olvida que ya no estás, y recuerdo que constantemente te comentaba sobre mi pasión y gusto por la medicina y, en especial por la neurología, era por ti, nunca te lo dije, pero fue así, quería y quisiera encontrarle la respuesta a cómo funciona el cerebro y todo lo que puede hacer, almacena, y se imagina, como el mío que te puede seguir amando e

idealizando; los universos a los que se puede ingresar a través de él... En fin... Divago y divago, querida Andrea.

Los alimentos comenzaron a escasear, ya no había comida ni en los almacenes más grandes del país, la crisis entró y el estallido social explotó. Parecen escenas de zombis, esas mismas que aparecían y que creo que recuerdas, de las películas que veíamos arropados los domingos por la tarde haciendo pereza, viéndote reír al lado mío, o cuando te quedabas dormida en mi hombro, reflejando tranquilidad y paz, como si hubiese sido tu hogar, tu lugar seguro, así sea por unos pequeños minutos en esta ciudad bélica. Todo el país vestía de trazo rojo, al igual que las calles, exclamando hambruna, desbloqueamos un nuevo nivel de salvajismo, más despiadado. El uso de las armas se intensificó y sobrevivir se convirtió en una obligación. Andrea... Andrea, teníamos que salir armados. ¡Armados! Las cosas comenzaron a agudizarse en los corregimientos, las veredas, los sectores más descuidados por el Estado, el rural, luego fueron las periferias pobres de las grandes ciudades, hasta tocar al de corbata, al privilegiado, al de bien.

... Perdí a Ilena y a Joseph, perdón... los internaron y no los volví a ver, me enviaban comunicados y algunas postales, pero debía estar alejado de ellos lo más posible, Ana aún era muy joven y también hubiese podido contagiarse. Me sentí impotente, atado, sucedió cuando nos estábamos cruzando para el municipio de Suada, había unos detectores grandísimos y militares haciendo miles de pruebas. Ana y yo dimos negativo, pero el destino para nuestros otros dos hijos no fue fortuito, hace más de un mes, llegó al buzón de la residencia un paquete para mí con una carta y dos notificaciones de defunción; además, en el sobre también venían algunas prendas: unas gafas verdes pertenecientes a Joseph, y una muñeca con vestido azul de Ilena. Nuevamente ¡perdón, perdón! Por no contarte ni escribirte, pero las lágrimas me impedían ver, se humedecían las hojas donde te escribía y luego no me daban ganas de escribirte más. ¡Perdóname!

Me quedé dormido, vuelvo a escribir de madrugada, es cuando las emociones no me tiran al piso y mi mente quiere comunicar, menos mal te fuiste, no estás viendo así a mi ser, destrozado, sin alma. Ana está muy hermosa, me recuerda mucho a ti, tiene tus mismos gustos, los mismos huecos en las mejillas y el color de tus ojos. Se la pasa revoloteando con sus dos coletas y tarareando las canciones que le cantabas, sin parar, lo hace todos los días por esta pieza, la entiendo, no es que podamos salir muchos a la calle, a divertirnos o por un helado, tampoco sabe muy bien qué sucedió con su hermana y su hermano, ni por qué aún tú no has vuelto. Me hace muchas preguntas y yo... Yo no tengo respuestas, no tengo ni una para saber por lo que está y lo que estoy pasando. Hace unos días que estoy sintiéndome muy mal, tengo mucho susto, angustia, siento retenido el pecho, como sin aire, rígido. No quiero dejar sola a Ana, Andrea, no quiero, no sé qué hacer... La última vez que te escribí terminé dormido encima de

estas hojas, ya son las tres de madrugada, espero no volverlo hacer, hoy a las seis partimos para otro hostel que queda a 13 kilómetros de aquí, espero llegar sano y salvo con Ana, espero poder verla crecer y nunca perderla, como me pasó con ustedes. Te escribiré apenas pueda, te contaré todo lo que ha sucedido y lo que me faltó aquí, Andrea, ¡te extraño!

La evolución de la caverna

Laura Valentina Hernández Parra

Me encuentro en el mismo lugar de siempre, el único que tiene cabida en mis recuerdos: oscuro y húmedo, atada de pies y manos, viendo la realidad que se muestra en la pared. De repente aparece un hombre, lo reconozco, es de nuestro grupo, pero había desaparecido hace un tiempo. Empezó a gritar.

— ¡Libérense! ¿No se dan cuenta de que están atados? Yo estaba igual que ustedes, pero me liberé, encontré la luz y ahora soy portador de la verdad.

Lo llamamos loco, perturbador de la paz y antisocial; un viejo, cansado de escucharlo, agarró una piedra que convirtió en proyectil, lanzándosela directo a la frente. Aquella piedra perforó la cabeza del hombre, quien cayó sangrando e inerte frente a mí.

Despierto exaltada, sudando, otra vez la misma pesadilla. Me levanto de la cama para la rutina de todos los días, organizarme, organizar a mis hijos —aquellos que veo crecer de lejos, porque no tengo el tiempo suficiente para estar con ellos—, desayunar y subirme en el mismo artefacto con llantas, que lleva, a un sinnúmero de personas aglutinadas, a su labor; llego al trabajo para convertirme en una pieza del mercado, aquí a nadie le importan mis problemas o sentimientos, lo importante es cumplir con los planes y alcanzar los objetivos, termino mi tarea, me dirijo a mi casa a través del mismo aparato con ruedas, les doy de comer a mis hijos y prendo el computador, tengo que adelantar trabajo atrasado. Jacob, el menor de mis hijos, dice que quiere jugar conmigo, pero no puedo, me gustaría, pero estoy ocupada, Jacob se va triste y me siento mal, pero no puedo hacer más; al finalizar el trabajo me voy a la cama, enciendo el televisor, veo un programa, en las propagandas sale una mujer joven y delgada ofreciendo tera-

pias rejuvenecedoras, no lo había sentido antes, pero después de esa propaganda, me siento vieja y gorda.

Me duermo, vuelvo a aparecer en la caverna, pero esta vez hay algo nuevo, las cadenas están más flojas y unas pantallas gigantes cubren la pared, todas las formas y sombras fueron reemplazadas por imágenes. Un compañero me dijo que aparecieron mientras todos dormían y que han decidido llamarlas “televisión”, de repente se asoma el mismo hombre del sueño anterior, gritando:

—¡Hermanos, abran los ojos, dejen de ser esclavos, fuera de aquí hay un mundo, una verdad por descubrir!

El anciano le responde: Muchacho, ¿por qué hemos de irnos, si las nuevas pantallas nos muestran la verdad de la que hablas?

El hombre le dice: ¿Cómo saben que esa es la realidad, si no han sido capaces de vivirla? ¿Cómo saben que todo lo que sale en esas pantallas no es más que una vil fantasía onírica que nunca se hará realidad?

Esta vez la multitud enardecida decide callarlo, así que el hombre es golpeado hasta morir, la excusa es que estaba pensando mucho y no dejaba ver la pantalla. Sus últimas palabras fueron: algún día tendrán que darse cuenta de la realidad.

Me despierta la alarma del celular, me organizo, llega un mensaje de mi jefe, dice que me espera esta tarde en la oficina, les doy el desayuno a mis hijos (me gustaría hablar más con ellos, pero ya prácticamente no los conozco, no sé quiénes son sus amigos o qué les gusta hacer, así que la conversación con ellos es muy breve), me monto en el artefacto con llantas que me lleva al trabajo, el recorrido es largo, por lo que decido, al igual que la mayoría de personas dentro del artefacto, usar el celular para gastar el tiempo, reviso el periódico en línea, habla de un accidente de tráfico, con muchos muertos, la noticia me afecta por lo que decido revisar las redes de amigos, eso me distrae un poco, veo muchas fotos, todos felices, viajes, reuniones de amigos, frases motivacionales y fiestas, pero al contrario de lo que pensé, me hace sentir peor ahora, pienso por qué ellos sí pueden ser felices y yo no. He llegado tarde al trabajo, todos mis compañeros ya se encuentran laborando, me siento y recibo la primera llamada, un cliente, está enojado, como la mayoría, dice que es un irrespeto el tiempo que le han hecho perder, grita, me insulta, intento calmarlo, pero no es posible, tomo su pedido y cuelgo, la mayoría de ellos son así. Después de la hora del almuerzo voy donde mi jefe, me dice que me siente y habla:

—He tenido muchas quejas acerca de su trabajo por parte de nuestros clientes, dicen que es poco cordial y no les soluciona nada; por otro lado, su rendimiento ha disminuido, de continuar así recibirá su liquidación.

Asiento con la cabeza, le digo que voy a hacer mi mejor esfuerzo para superar los inconvenientes.

—Vuelva a su trabajo—, me dice.

Me retiro y vuelvo a mi escritorio, pensando qué hare si me despiden, de dónde sacaré el dinero para el sostenimiento de mis hijos. Otra vez suena el teléfono, contesto, es un cliente, muestro una actitud cordial, aunque no es lo que realmente siento, pero de eso depende mi salario. Terminado el horario laboral, abordo de nuevo el artefacto con llantas que me lleva a la casa, saco el celular para distraerme un rato, aparece una notificación, es la misma publicidad que apareció en el televisor de la mujer ofreciendo terapias rejuvenecedoras, no lo pienso mucho e intuitivamente le doy comprar. Llego a mi casa, mis hijos no se dan cuenta de que llegué, están jugando, en el móvil, con sus amigos, preparo la cena y los llamo a comer, bajan distraídos con el celular, ni siquiera me miran a los ojos, me siento deprimida y al mismo tiempo enojada, les llamo la atención e inicia una discusión sin sentido, provocando luego un silencio absoluto hasta el final de la cena.

Después de lavar la loza y organizar la cocina, decido trabajar un rato en el computador, ya que tengo que mejorar las ventas. Tiempo después de empezar, me llega al celular una notificación de la red de amigos, intuitivamente la veo y comienzo a revisar las redes, después reacciono y recuerdo que estaba trabajando, miro el reloj y me doy cuenta de que han pasado varias horas, me da rabia conmigo misma al no ser capaz de poder controlar mis impulsos y decido irme a dormir.

Vuelvo a soñar en la caverna, pero otra vez ha cambiado, ahora ya no hay cadenas, todos tienen una pequeña pantalla en la mano, los observo y descubro que esa pantalla controla el comportamiento individual. Llego nuevamente el hombre gritando: ¡Despierten! ¿No ven que están siendo prisioneros de las pantallas? ¡Busquen la verdad! Los puedo guiar a ella, al verdadero mundo. Pero, nadie lo escuchó, todos estaban encerrados en sus propios mundos dentro de la pantalla. El hombre se fue con un signo de tristeza y desconcierto en su cara, ya que se dio cuenta de que ya no podía hacer nada, pues los que en algún tiempo fueron sus compañeros de cautiverio, ya no están encerrados en la caverna por culpa de las cadenas, ahora tienen la caverna en sus mentes, creen estar viviendo en libertad, pero no se percatan de que su mente es dominada por la pantalla que no los deja vivir el mundo real.

Despierto, voy corriendo a la habitación de mis hijos, los despierto con un beso y les pregunto: ¡Hola hijos. ¿Cómo están?

Esencia

Nikol Dayanna Morales Medina

Daniela Monroy nació el 9 de marzo del 2000 bajo el signo piscis, en la lluviosa y fría Bogotá, una chica con niñez bastante compleja, con una familia disfuncional. Su padre, alcohólico hasta la muerte, egoísta, egocéntrico, machista e irresponsable; y su madre, mujer dulce, conservadora, amable, tranquila e infeliz, por el hecho de tener un hogar, así sea con un fracasado como esposo, solo por ver feliz a Daniela y a la sociedad.

La adolescencia de Daniela estuvo llena de burlas y *bullying*, el salón de clases era un tormento porque no tenía amigas, los compañeros no le hablaban; cuando hacían fiestas, nadie la invitaba a bailar. No era una chica muy atractiva, ya que no se maquillaba, tampoco sabía cómo hacerlo, no se peinaba, su cabello no era lindo, no sabía bailar, no tenía ningún talento; era torpe y graciosa, de mirada triste y algo tenue, su contextura era gorda o al menos eso creía. Para ella eran muy importantes las opiniones de los demás, sus críticas y chismes. Un día, un comentario en el descanso cambió su vida, un chico dijo que ella era gorda. En ese momento su amiga Valentina se rió y ella fingió una sonrisa para no sentirse apenada o avergonzada.

Al llegar a casa decidió bajar de peso, así que empezó a hacer ejercicio cada noche, durante los días que fueran necesarios para generar un cambio en su vida. El problema no era su exterior, sino su interior, al creer que es más importante lo que diga o piense la sociedad de ella, que lo que realmente piense de sí misma. Así que logró bajar de peso con disciplina y esfuerzo, disminuyó lo suficiente, pero no estaba satisfecha. A los ojos de la sociedad con sus

ideales, costumbres, tradiciones o creencias, que lo único que sabe es criticar, juzgar e imponer prototipos o normas a cada persona, creyendo que tienen la razón, son la luz, la verdad, únicos, pero en pensamiento, nada más.

Al lograr su meta, se dio cuenta de que nunca iba a satisfacer las opiniones de los demás, siempre van a criticar, por lo que sea que ellos creen que está mal y los que están mal son ellos, con su pensamiento mediocre e ignorante, la envidia y los prejuicios no los deja progresar y mirar al prójimo con amor, sino con odio, con ganas de aplastar todo lo que esta persona ha logrado. Pasaban los años y sentía que perdía su esencia, su ser, su energía, esa que tanto la caracterizaba, se estaba esfumando y convirtiéndose en un fenómeno, misterioso e invisible.

Se cuestionó durante días e incluso meses, buscando su esencia, ¿quién la habría robado? ¿perdió su esencia o perdió todo? Se fue moldeando como la sociedad quería que fuera, eso incluía su pareja, familia, amistades, compañeros y todos los que la rodeaban.

Fue buscando la respuesta por medio de películas, libros y experiencias, hasta que un día, una mujer anciana, arrugada, de baja estatura, bien vestida, se le acercó y le dijo: “Debes dejar de preocuparte por lo que piense el mundo de ti, preocúpate por tu conciencia, es lo que eres. Cómete el mundo si lo deseas, vive, disfruta, llora, lee, que los recuerdos y pensamientos son lo único que te llevas”. Quedó en shock, no supo qué responder, estuvo equivocada durante toda su vida, creyendo que es más importante la apariencia que el ser feliz. De un momento a otro la anciana se esfumó en la estación de la 45.

Ese día cambió todo en ella, su manera de pensar y su personalidad. De mujer sumisa y esclava del sistema pasó a ser una mujer rebelde, loca, extrovertida y desafiante. Renunció a su trabajo, se cansó de tener una vida monótona y abrumadora en la oficina, decidió estudiar música y dedicarse al arte, inspirada en las obras de Vincent van Gogh. Vendió todos sus bienes y objetos de valor, compró una moto y se fue a vivir a Villa de Leyva, Boyacá.

Colocó un local de artesanías, llamado “El Renacimiento”, conoció nuevas personas de diferentes partes del mundo, se convirtió en un icono en Boyacá, dio conferencias y charlas sobre como una persona puede cambiar tu vida en tan solo un segundo...

Se despertó... todo era mentira, su vida era igual, desgraciada y miserable, la única diferencia es que ya tenía su respuesta. Se sintió más viva que nunca.

¡El país Multicolor!

Christian Andrey Castaño

“Paz no es uniformidad, Paz es diversidad”

¡Lo mató! ¡Lo mató! Gritos que sonaban en la plaza cromática, en el país Multicolor. Tierra apacible, donde hace mucho tiempo nada perturbaba la paz, todos los colores que allí habitaban se daban cita para ver como el joven Morado, con pistola en mano, miraba a Verde que, sobre el piso, se desangraba.

Don Azul y Doña Rojo no daban crédito a lo que sus ojos veían. Su hijo en un par de instantes se había convertido casi en asesino. Su mirada se posaba sobre el que consideraba su enemigo, pero su joven edad hacía que en sus pupilas se reflejara el miedo del futuro por aquello que el impulso lo había obligado a hacer.

¡Asesino! ¡Asesino! Gritaba Doña Amarillo que sostenía a su hijo Verde, mientras agonizaba y lentamente caminaba hacia el paraíso de los colores. Con dolor de Madre apretaba a su hijo para que no se fuera, y le pedía que no la dejara solita, porque ella, siendo madre soltera, se quedaría sin su compañía.

¿Qué habría pasado? ¿Por qué el hijo de Don Azul y Doña Rojo mataría al hijo de Doña Amarillo? Todos los colores guardaron silencio ante su dolor y sus lágrimas, pero el silencio crecía a la par con los múltiples interrogantes sobre las causas del conflicto. ¡Yo sé qué pasó! ¡Yo lo vi todo! Retumbó en aquella plaza cromática que solo esperaba el resto del parlamento.

¡Cállate, sapo! Le gritó el Morado al Negro, mejor amigo de él, y quien ante el eco de su conciencia decidió acceder a la verdad, rompiendo cualquier proto-colo de amistad. El Negro prosiguió: Morado y Verde se dieron cita en la plaza cromática para discutir cuál era el partido correcto que debería uniformar al país Multicolor. Morado era de Izquierda y Verde de Derecha; ambas ideologías políticas habían hecho que el país perdiera poco a poco su color e imperaban en un mundo multitudinario.

¿Pero cómo? ¿Ideologías políticas? ¿El veneno que no reconoce la diversidad? El pueblo se preguntaba el por qué estos dos jóvenes peleaban a causa de ideologías que por múltiples muertes habían sido prohibidas en el país. El Negro agregó: en el discutir acalorado por la uniformidad de sus partidos y de su pensamiento, el Morado disparó contra el Verde, sin darle paso al pensamiento y a la diversidad, como es propio del veneno político.

Con el cuerpo muerto sobre sus brazos, Doña Amarillo, con tristeza profunda, miró a Negro agradeciendo la verdad, que, aunque dejaba el vacío de su hijo, aliviaba su deseo de conocer las causas de la que sería su soledad, pero no era lo único. Doña Amarillo en la mitad de plaza prosiguió: Mirad, pueblo Multicolor las paradojas de las ideologías políticas y de la guerra: mi Verde, mi compañía, mi hijo, es también hijo de Don Azul. ¿Cómo? ¿Don Azul es hijo de Morado y Verde? ¿Papá de Víctima y Victimario? Impactados por la noticia, todos se miraban entre sí, ante el atónito evento que transcurría ante sus ojos y oídos.

Doña Amarillo terminó: ¡Ay! Pueblo Multicolor, jóvenes de la plaza cromática ¿cuándo entenderéis? El veneno de las ideologías políticas y de la guerra solo llevan a la muerte de aquellos que son nuestros mismos hermanos. Paz no es uniformidad. Paz es diversidad.

Entre el ser y la nada, elijo el instante...

Jonnathan Alberto Chacón Montes

Y ahí estábamos, dispuestos al nervioso encuentro que avizoraba el pecado, la prohibición nula ante el deseo del otro. Tomó tiempo encontrarnos, aunque fue inmediata la conexión que anunciaba la cofradía; en medio del circundante caos, sobre las aceras e incluso la avenida, atiborrada de mercachifles, pordioseros y amantes rotas, nos arriesgamos a caminar. El ambiente hedonista que se plasmaba entre la desesperanza, la urgencia, la ebriedad y el placer, evocaba un lugar familiar en mí, no sé si en ella. Sin embargo, avanzamos con fuerza, vitalidad e inefable duda; se veía entusiasmada, pues apretaba mi sudorosa mano contra su fría y pálida alma, denotando decisión en su entrecejo.

Oscuros olores empapaban el rutilante y pausado cuadro sobre el paso. La amalgama de formas, dejillos e improprios, apeaba un coctel entre los personajes que allí podían ser. No había forma de no-ser aquí. El magnetismo de la desdicha, la juntanza y nuestra ingenuidad, impregnaban la decisión ya tomada, en un grito silencioso contra la existencia. Auténticos, así nos sentíamos con cada bocanada de imágenes que immortalizaban el evento. Sin saberlo, éramos parte de una obra.

Lenguajes perdidos y jadeantes miradas danzaban al compás de la ceguera. Inmersos en el baile, sucumbimos al encuentro: unas veces, del encanto; otras,

de la penumbra. Entonces, fue claro para ambos, lo marginal nos venía bien, se aplacó nuestro carácter necrótico, hacia un ensayo por la vida, por el impulso vital que nos sabía animales. El tiempo no era pesquiza, imbuidos por la atmósfera de un mercado antiguo, nos separamos brevemente (una eternidad para mí) y, al notar su ausencia, sentí un socavón que abruptamente se abría espacio entre mis vísceras. Logré recuperarla.

Su delicadeza ocultaba el carácter telúrico que irradiaba su esencia, aquella crudeza mezclada con locura solo significaba éxtasis y, hacía que olvidara mi podredumbre y la fealdad de mi devenir, valorando la fortuita suerte de ser su receptor por un instante, trasgrediendo su alma (así lo creía). Por otra parte, vagaban en mí extrañas sensaciones, jergas que no podía entender, una especie de sensualismo que acaecía en mi cárcel; asimilarlo se convirtió en orgánica primicia. Entre roces, movimientos y uno que otro golpe de hombro, abría paso con la esperanza de ser secundado por mi amante zafral. El incienso, la música de colores y los gestos de desahucio con que tropezaba mi mirar, aprehendieron como propias las derrotas de los ruines, mi empatía con la desgracia; nuestro trasegar se iba convirtiendo en la tragicomedia del absurdo vivir.

El ocaso llegaba con la caída de nuestra identidad entre resquebrajadas y corroídas baldosas por los violentos roces corpóreos. Las palabras perdían legibilidad por la hojarasca de vino que estimulaba nuestra prosa peripatética; ella se detuvo de tajo y, nerviosamente, me miró, indicando que algo no andaba bien. Vi su miedo en el agitado respirar y, también el mío; sospeché lo que vendría: la aspiración revulsiva ante la caída del amor y la victoria del hábito. La tomé con vehemencia entre mis brazos, observé su lucidez y su cabello de mil semblantes, fundiéndome con ella en la afirmación de un beso tembloroso e inocente que suscitó, paradójicamente, intermitencias de una muerte añorada antes de conocerla. Presentía su abandono...

Atiborrados de entes que trajinaban en la nada, alargamos el sadismo. En realidad, no queríamos despojarnos del otro. Entre las sombras de altos edificios, que cobijaban nuestra embriaguez, fuimos afecto, admirábamos la carnicería que acontecía ante nosotros, carnazas de cortes: unos más finos que otros, algunos mohecidos por el abandono, otros acicalados y humeantes; con la esperanza de encontrar apego, fugazmente tomaban trecho, observándonos de reojo, a la vez que entre la orgía colectiva se perdían de vista, ¿hacia dónde irían? Especulamos un rato acerca de ello, decidiendo dejarlo a la suerte, solo de quien marchaba. Mejor sería que quien nos lee, imaginase la multiplicidad de posibilidades para devotos errantes.

Luces, luces viejas pero sabias, se instalaban en el paraje infinito de las callejuelas y sus charcos..., era la armonía de la ausencia que en el crepúsculo de la noche elevó del andén al dueto comensal. Entre botellas, delirios, sueños y supuestos, caía el telón de la ataraxia, se desplegaba el tape-

te de las sin sonrisas, de una *saudade abocada* a lo imperturbable. Fuimos uno solo contra la pesadez del mundo, a la postre, el acto revolucionario y resistente más loable (así lo sentí), opuesto ante lo superfluo y banal de las cosas que se nos muestran indispensables cuando no lo son. Nos convertimos en todos los nombres, fuimos todas las cosas, viajamos por todas las galaxias y nos concedimos un encuentro en la otredad, que nos revitalizó las vidas, consiguiendo sobrellevar nuestra normalidad. Ella, junto a sus hijos y esposo; y yo, junto al amargo mito de Sísifo.

Se alejó primero, se desvaneció en la distancia; y entonces, no supe qué hacer con mi muerte; allí me quedé solo y sin pertenecerme.

La habitación

Michell Yesenia Aros Zapata

Un día, se despertó. No sabía si era la primera vez que se encontraba en aquella habitación sin ventanas. Al mirar a su alrededor, encontró una vitrina con los objetos más bellos que había visto en su vida.

Sin pensarlo dos veces, decidió comprar todo lo que pudo. Cuando por fin terminó, buscó por toda la habitación y no encontró una puerta. El miedo lo invadió, estaba atrapado.

—¡Por favor, quiero salir de aquí!— gritó con todas sus fuerzas.

—No te preocupes, te dejaremos ir— le respondió una voz.

De repente apareció una puerta. Sintió alivio y decidido a marcharse, tomó con mucha dificultad todo lo que había comprado.

—Por favor, no te vayas, quédate con nosotros, te daremos todo lo que quieras— respondió la misma voz y, la habitación se empezó a llenar de más objetos.

Más vitrinas aparecieron ante sus ojos y con ellas, cada objeto que su corazón de niño deseaba cuando veía los comerciales en televisión. Descubrió en esa habitación lo que él creía que era la alegría. Cada cosa que él deseó en su vida estaba ahí.

Compró todo lo que pudo, sin pensar en su familia ni en las deudas. Disfrutó ser dueño de tanto por al menos un momento de su existencia. Sin embargo, seguía encerrado. Tenía todo lo que necesitaba, pero le faltaba su libertad.

—Ya me voy— dijo él.

—Te puedes ir cuando quieras, pero entre más tiempo pase, aparecerán más vitrinas con todo lo que deseas. Tal vez no vuelvas a encontrar una oportunidad así, ¿te la perderás?

Para él, ese lugar era lo que más había soñado y dejarlo sería casi imposible. El tiempo siguió pasando y la habitación se llenó tanto que ya no cabía ni una moneda más.

Sentía qué se estaba ahogando, la desesperación continuó hasta qué se desmayó. Una de las paredes desapareció, dando paso a una habitación mucho más grande.

—Aquí vamos de nuevo —dijo la voz.

Se despertó. No sabía si era la primera vez que se encontraba en aquella habitación sin ventanas. Al mirar a su alrededor, encontró una vitrina con los objetos más bellos que había visto en su vida.

Cuentos del siglo XXI: el soñador desterrado

Carlos Andrés Dávila Romo

Dedicado a 7, por regalarme el don de volar.

Entre sueños, despertó sintiéndose completamente solo, sutilmente se irguió, levantó los brazos; atónito, vislumbró el mundo a su alrededor, acarició la tierra con sus pies y sintió el aroma dulce de la naturaleza.

Contemplativo, aprendió a hablar por sí mismo, comprendió el lenguaje de aquellos seres que allí se encontraban, empezó a traducir lo que la naturaleza decía, aquello que clamaban el bosque y la lluvia. Era un ser sensible, intentaba recordar su pasado, pero de su origen, no encontraba vestigio alguno.

Con el devenir del efímero tiempo, su imaginación e intelecto le posibilitaron el hecho de construir, a su imagen y semejanza, el universo que anhelaba. De esta forma, adaptó la naturaleza a su Ser.

Fue así, como un día, impaciente y celoso de ver a su alrededor el vuelo de los pájaros, decidió construir unas alas que le permitieran ver, junto con ellos, el amanecer y, sentir de forma distinta sobre su rostro la suave brisa. Vanagloriado de ello, decidió adornarlas con hermosos colores, para diferenciarse de todo ser existente.

Cada mañana, sobrevolaba las nubes y las estrellas; el sol, con sus sensitivos rayos irradiaba la magnificencia de su magnífico cuerpo. Eclipsado por su grandeza y, empecinado por su idea de la perfección, decidió modificarlas hasta que estas se hicieron muy pesadas. A pesar de tenerlo todo, no se sentía satisfecho,

empezó a sentirse intranquilo, ya nada calmaba sus delirios de grandeza, se había olvidado de sí mismo y de quienes lo rodeaban.

Un día, vio cómo su más grande creación se desdibujaba, su apariencia se desvanecía ante sus ojos y no podía hacer nada para remediarlo, sus alas se deshojaban al compás del viento.

Con pasos de gigante, decidió correr hacia la montaña más alta para emprender vuelo. Clamó a la naturaleza y a quienes la habitaban, esperando que sus ideas fueran escuchadas; su voz se mermó. En un salto de fe, decidió dejarse abatir por el viento, esperando que sus alas reaccionaran. Sobrevoló con debilidad las nubes, rozó con ternura la última caricia del sol, que se ocultaba ante sus ojos; ya no era, ni volvería a ser el mismo. Empezó a perder altura y sobre la copa de los árboles, sucumbió. En el forzado aterrizaje, golpeó su cabeza, sus vestiduras estaban rasgadas. Su brillo había desaparecido. ¿Quién podía salvarlo? El dolor era agobiante, las estrellas adornaban la pesadilla de un ser que descendió del cielo para encontrarse con la verdad. De sus ojos, brotaban efímeras gotas de rocío que se desvanecían ante el peso de sus anhelos; aquel soñador derrotado frente a su propia grandeza mordía el polvo una vez más.

Al despertar, sintió mermadas sus fuerzas, cansado y exacerbado por el exceso de positividad, víctima de su propio ego, se vio condenado a su propia autoexplotación, con la falsa seguridad de labrar un mejor mañana. Intentaba hacer remembranza de sus viajes oníricos, los cuales evocaba cerrando sus ojos; delirante, empezó a crear paliativos y sedantes relatos para asumir su existencia, quizás, así, podría armonizar sus escrúpulos éticos. En lo más profundo de su corazón escondía sus fantasías, desencantado vivía en desvarío, rogándole al azar y al destino encontrar respuesta a su necesidad apremiante de transformar el mundo que lo encadenaba.

Fue así, como cada vez más lejos del cielo y eclipsado por su *deber ser*, se vio introducido en la selva de cemento; en un mundo que, para él, se encontraba limitado por el exterior; la larga carrera de obstáculos, personales y sentimentales se acrecentaba; el agotamiento de su alma se volvía inminente. Así, la rutina terminó por consumirlo, extinguiendo su esperanza de florecer, los colores transmutaban y se evaporaban a su alrededor, vivía de suspiro en suspiro, sin respirar el aire que lo regresara a la vida.

Al llegar a casa, buscaba consuelo sobre la almohada, quizás de alguna u otra forma, si por siquiera un instante sus fuerzas se lo permitían, podría retornar a sus sueños, volver a forjar sus alas y empezar de nuevo. Sin embargo, ya era demasiado tarde, ese mundo mágico que había creado no volvería; de este, solo quedaban recuerdos fugaces que se diluían en la realidad

Una noche, finalmente pudo sumergirse en los sueños, se adentró en lo profundo del laberinto. En la lejanía, atisbó una tenue luz que lo convocaba; en ella, voces que anunciaban la redención de su Ser, que rogaba la llegada de un nuevo amanecer. Su corazón se estremeció de alegría, el destino le sonreía.

Al entrar en aquel habitáculo, encontró reunidos a siete seres, quienes sostenían siete cajas labradas en distintos materiales, en ellas, tanto mensajes como profecías destinadas a ayudarlo a crecer y a recuperar la esperanza perdida.

A pesar de que ya no poseía sus alas, sintió cómo el aire de aquel mágico lugar, reavivó la flama de su corazón. Una de ellas lo abrazó y le susurró al oído:

—No tengas miedo, acepta este regalo de parte nuestra.

Y así, con el tic tac del reloj y el suplicar de la luna, el sol eterno se manifestaba al anunciar el alba, al abrir sus tiernos ojos, entonces comprendió que debía reconciliarse consigo mismo, y que, sin lugar a duda alguna, a pesar de las dificultades de la existencia humana, a través de las bellas artes tenía la posibilidad y la capacidad de escapar y crear una nueva realidad que le permitiera a su corazón volver a soñar despierto.

II. ENSAYO

El consumo es universal: una verdad absoluta

Yilber Sebastián Hernández Gómez

Todas las cosas alrededor consumen energía con el fin de seguir su ciclo a nivel universal. Y por eso, desde aquello que se observa de manera microscópica hasta de manera perceptible, presenta la necesidad de adquirir algo, es decir, “todo proceso físico del Universo implica energía y transferencia o transformaciones de energía” (Jewet y Serway, 2004, p. 177). Dichos procesos son fundamentales en toda la existencia de las cosas y al mismo tiempo, dan sentido a la evolución de las mismas, formando así un cambio en el Universo; por tal motivo se produce la ley de la conservación de energía (Chang y Goldsby, 2017), de aquí que el entendimiento de consumo que genera la naturaleza sea la verdad objetiva y la clave para comprender cómo el ser humano se ha de comportar para poder equilibrar el uso de recursos naturales debido a que, todas nuestras actividades involucran de una u otra forma la transformación de energía (Jiménez y Gutiérrez, 2015).

En este orden de ideas, se podría problematizar que el consumo es universal y que es una verdad absoluta, en el campo de la ciencia, como se ha explicado en los componentes, que cada suceso que ocurre alrededor, se convierte y necesita de una fuente de energía. Una verdad objetiva con su correspondencia en la realidad objetiva (Múgica, 1974). Es importante entender esta realidad, ya que el ser humano está enmarcado en la inteligencia, la cual, como lo dice Dartnell (2019), “es la solución evolutiva al problema de un ambiente que cambia con mayor rapidez de lo que la selección natural puede cambiar al cuerpo” (p. 28). Y tiene la capacidad de producir por medio del aprovechamiento de recursos, un cambio favorable en el ecosistema, originando así una proporción causal de que la mayoría de seres vivos se encuentren beneficiados por la capacidad de la explotación de sus diferentes etapas de producción.

De aquí que la especie humana se haya envuelto en un proceso de consumo desmesurado, generando una afectación a los ecosistemas, en donde se convierte, como lo expone Bauman (2007), en una cultura consumista, que es “la forma en que los miembros de una sociedad de consumidores actúan irreflexivamente” (p. 60), y ese actuar ha ocasionado de modo inconsciente que “la cantidad de energía que produce la actividad humana sea la causante del calentamiento actual de la Tierra” (Kaku, 2011, p. 318), calentamiento que en gran medida se ha acelerado, por una serie de revoluciones, como la revolución industrial. En palabras de Harari (2014), “ha sido una revolución en la conversión de energía” (p. 372); es por ello, que las personas se han encerrado en un mundo de compras, podría pensarse que es en aras de hallar goce o darle sentido personal y colectivo a una sociedad, que derrocha sin tener una proporción o medida de compra, en resumidas cuentas, como lo dice Baudrillard (1974) la “sociedad de residuos” (p. 29). Por lo tanto, la sociedad se ha desviado por un camino de consumo exagerado, aunque es importante resaltar que la actividad económica es parte característica y dominante en el capitalismo (Rodríguez, 2012, p. 6). Y es que el capitalismo ha enseñado una forma de vida que conlleva trabajar para seguir comprando, pues de no ser así, las empresas no producen y por consiguiente, no necesitarían contratar empleados. Tal vez, es un círculo económico que genera una rueda que no tendrá fin: no conviene dejar de producir, ya que el consumo, tal como Keynes lo sugirió, “es el único objeto fin de toda la actividad económica” (Blanco, 2008, p. 50). En cierta medida, al ser humano se le ha olvidado que “las formas de consumo, el consumismo y los estilos de vida impuestos, se encuentran impactando y erosionando la mayor parte de los recursos naturales, agotando a muchos y dando síntomas de desaparición a otros” (Tabares et al., 2016, p. 14).

Por todo esto, los cambios en el ambiente son preocupantes y ciertamente las personas no se dan cuenta de “los consumos en un planeta de recursos finitos” (Alonso y Ibáñez, 2020, p. 534), prácticamente como lo expone Saramago en su *Ensayo sobre la ceguera*, se puede llegar a una analogía con la obra, es que la sociedad se está quedando ciega ante algo que sigue y continuará realizando de forma habitual, “un estilo materialista y egoísta que ha acabado por ocasionar un agravamiento de la desigualdad social” (Rodríguez, 2012, p. 190). Se trata de una crisis que sumerge en varios problemas ambientales, atraídos por las consecuencias de no regirse por un modelo de equilibrio con la naturaleza, en el que “la gran historia de la vida en la tierra demuestra que, enfrentados a un ambiente hostil, los organismos tienen tres caminos a seguir: escapar de ese ambiente, adaptarse a él o morir” (Kaku, 2018, p. 13). Algo que se debe saber es que quizás se trate de lograr adaptación al ambiente, teniendo en cuenta que en cierta medida “el hombre ha sabido transformar el entorno, adaptándolo a sus necesidades, y construirse un mundo menos ame-

nazante que aquel de la prehistoria” (Moser, 2014, p. 41).

Aunque, es bastante lamentable que el futuro esté escrito de manera trágica por el hecho de no presentar una ética a nivel de consumismo, como lo exponen Valenzuela y Cancino (2021) “sería ideal que los consumidores podamos comenzar a preferir bienes y servicios que generan menos o cero impacto en sostenibilidad” (p. 212), dado que se ha entendido que “el fin del hombre es la buena vida, el bienestar, que implica adaptación de la naturaleza a la voluntad del sujeto, de lo cual se deriva la variabilidad de la vida humana” (Grana, 2004, p. 42); es por ello que la sociedad no puede pretender esperar qué sucede, sino tomar iniciativas desde el presente para no cometer errores del pasado y tratar de buscar salir de *La Caverna* como hace pensar Saramago. Buscar realmente una sociedad que no se convierta en una sociedad de consumo innecesario y, al contrario, tratar de encontrar la verdad absoluta en cuanto al consumo universal, que en cierta forma es un equilibrio de varias energías en función de un ciclo neutral a toda la naturaleza.

Referencias

- Alonso, L. E. & Ibáñez Rojo, R. (2020). *Estudios sociales sobre el consumo*. CIS - Centro de Investigaciones Sociológicas. <https://elibro.net/es/ereader/usta/171357?page=534>
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. FCE. <https://elibro.net/es/ereader/usta/109484?page=1>
- Blanco Losada, M. A. (2008). *Consumo, dinero y riqueza*. McGraw-Hill. <https://elibro.net/es/ereader/usta/50182?page=50>
- Dartnell, L. (2019). *Orígenes cómo la historia de la tierra determina la historia de la humanidad*. S.A.U.
- Chang, R. y Goldsby, R. C. (2017). *Química*. McGraw Hill.
- Harari, Y. N. (2014). *Sapiens. De animales a Dioses. Una breve historia de la humanidad*. S.A.U.
- Jewett, R. S. y Seway (2004). *Física I Texto basado en Cálculo*. Thomson Learning.
- Jiménez Bernal, J. A. y Gutiérrez Torres, C del C. (2015). *Termodinámica*. Patria. <https://elibro.net/es/ereader/usta/39466?page=14>
- Grana, R. C. (2004). ¿Ecodesarrollo humano o capitalismo e imperios? Acción participativa comunitaria local, proyecto nacional, integración regional y visión planetaria. Espacio. <https://elibro.net/es/ereader/usta/66961?page=42>
- Kaku, M. (2011). *La Física del Futuro*. S.A.U.
- Kaku, M. (2018). *El Futuro de la Humanidad*. S.A.U.

- Moser, G. (2014). *Psicología ambiental: aspectos de las relaciones individuo-medioambiente*. Ecoe. <https://elibro.net/es/ereader/usta/70415?page=41>
- Múgica, M. (2021). Verdad relativa y verdad absoluta. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 20(78).
- Rodríguez D. S. (2012). Consumismo y sociedad: una visión crítica del *Homo Consumens*. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 34(2), 189-210. https://doi.org/10.5209/rev_NOMA.2012.v34.n2.40739
- Saramago, J. (1998). *Ensayo sobre la ceguera*. Alfaguara.
- Saramago, J. (2000). *La Caverna*. Alfaguara.
- Tabares Neyra, L. M. Tamayo Pineda, N. y Blanco Rojas, M. (2016). *Una mirada al consumo y los consumidores*. Universitaria. <https://elibro.net/es/ereader/usta/71671?page=14>
- Valenzuela Álvarez-Salamanca, J. R y Cancino del Castillo, C. (2021). *Absurda economía. Alineando el desarrollo económico con el medioambiente*. RIL. <https://elibro.net/es/ereader/us-ta/188578?page=212>

La ceguera de muchos ante un gobierno que ve por unos pocos

Willinton Eraso Bolaños

La democracia no vale nada cuando el pueblo vale menos. Existe una especie de ceguera que le atribuye importancia desmesurada al poder de los gobiernos y una representación muy precaria a los pueblos que los eligen, entendiendo que no son mera suma de partes aisladas, sino la representación de cada ciudadano con voz, voto y diversas cosmovisiones que dan sentido a la realidad (Ospina, 2020; Saramago, 2015). A menudo, el voto se convierte en una forma de invisibilizar a cada ciudadano o a los habitantes que forman parte del proyecto de un país, reduciendo el poder de la nación a unos pocos, los cuales se nutren de una esperanza ciega al cambio radical que convoca cada nuevo sufragio. Como se relata vívidamente en el *Ensayo sobre la lucidez* de Saramago, “los que mandan no sólo no se detienen ante lo que nosotros llamamos absurdos, sino que se sirven de ellos para entorpecer la consciencia y aniquilar la razón” (2004). Hay un pueblo que se encuentra exhausto, ante la idea de democracia que perdió su sentido y, que según William Ospina, en su columna “Ya viene el otro” ahora privilegia el poder de decidir y de mandar sobre el poder de facilitar las cosas para la gente, el poder de reprimir y de controlar sobre el poder de despertar las energías creadoras de la sociedad”. Saramago despoja de nombre a la ciudad y sus habitantes, dándonos a entender que dicha problemática puede presentarse no solo en Colombia, sino en la mayoría de países de Latinoamérica y el mundo (Ospina, 2020).

Esa idea tan arraigada en la cultura electoral de la nación, bajo la cual todo lo resolverá el siguiente gobierno de turno, es tal vez la más nefasta y reduccionista de todas, por el poder exorbitante que se les atribuye a los políticos, bajo la ilusión de que estos corregirán los problemas y cambiarán la historia de una vez por todas (Ospina, 2020). Más dicha premisa es rápida-

mente puesta en tela de juicio, al percatarnos de la forma en que el país se polariza tras cada elección en bandos de izquierda, centro o derecha, que prometen ser la solución a las diferencias, cuando en realidad dejan de lado a los otros, a los excluidos, a las mal llamadas “minorías”, a las víctimas del conflicto armado, a los afrodescendientes, a los raizales, a los palenqueros, a las comunidades LGBTI, a los que sumidos en las más grandes inequidades, sin acceso a educación y a trabajo digno, son fácilmente contagiados por una epidemia de ceguera, ante el disfraz benevolente de una plutocracia manipuladora que se impone por medio de corrupción, maquinarias, clientelismo y demagogia.

Saramago puntualiza dichas ideas con una frase contundente: “Creo que no nos quedamos ciegos, creo que estamos ciegos, Ciegos que ven, Ciegos que, viendo, no ven” (2015). Seguimos atados a esperanzas recogidas de los elegidos, que en el fondo y, aunque los paradigmas políticos tan arraigados en la gente no lo evidencien, están hechas para anular posibilidades, imponer esquemas, aniquilar todo impulso de concertación y, apagar la llama creadora de lo que puede ser el país con las mayores riquezas ambientales, étnicas y culturales. La democracia participativa queda reducida a la condición de pasivos electores que invisibilizan las estadísticas y que son citados una sola vez a las urnas, cuando en realidad se requiere del poder ciudadano todos los días en el escenario del segundo país más desigual de América Latina (Ospina, 2018), donde solo el 10% de la población más rica recibe 11 veces más que el 10% más pobre del país, territorio en el que el empleo formal es solo del 40%, una de las tasas más bajas de la región, y nación con el indecoroso primer lugar en asesinatos a líderes ambientales en todo el mundo (Peña, 2022; Redacción Medioambiente-El Tiempo, 2021).

Con nuestros votos, declara Saramago, “podemos quitar a un gobierno y poner a otro, pero no podemos cambiar el poder” (2004). Por eso, la nueva política transformadora no se basa en nuevos rostros ni discursos, sino en una movilización inteligente de la sociedad como interlocutora y formuladora de propuestas, llena de talentos y con posibilidad de tomar iniciativas. Para lograrlo hemos de tener en cuenta que “los análisis y las consideraciones no alteran ni un milímetro esta realidad” (2024) y que la lucidez que tanto necesita nuestra democracia requiere una impostergable revolución de las costumbres que involucra trabajar desde las esferas estructurales de la pobreza económica, el hambre y la guerra (Saramago, 2004).

Referencias

- Ospina, W. (2018, marzo 11). *La paz del pueblo ausente*. <https://www.elspectador.com/politica/la-paz-del-pueblo-ausente-por-william-ospinaarticle-743599/>
- Ospina, W. (2020, diciembre 6). *Ya viene el otro*. <https://www.elspectador.com/opinion/columnistas/william-ospina/ya-viene-el-otrocolumn/>
- Peña, J. (2022, febrero 11). Colombia segundo país más desigual en Latinoamérica. *Portafolio*. <https://www.portafolio.co/negocios/empresas/colombia-segundo-pais-mas-desigual-enlatinoamerica-561649>
- Redacción Medioambiente. (2021, septiembre 5). Otra vez Colombia es el país con más ambientalistas asesinados en el mundo. *El Tiempo*. <https://www.el-tiempo.com/vida/medio-ambiente/colombia-encabeza-asesinatos-de-lideres-ambientales-en-el-mundo-617548>
- Saramago, J. (2004). *Ensayo sobre la lucidez*. Debolsillo.
- Saramago, J. (2015). *Ensayo sobre la ceguera*. Debolsillo.

Colombia y su ceguera

Paula Alejandra Cárdenas Bedoya

Colombia es una nación hermosa, pero tristemente su historia está marcada de dolor, sangre, intimidación, terrorismo, corrupción y muerte, entre otras situaciones dolorosas, ya que como nación vivimos la masacre de Pozzetto, el homicidio de Gaitán y El Bogotazo, la guerra entre liberales y conservadores, los falsos positivos, los homicidios a los líderes sociales y, sobre todo, el conflicto armado.

Día tras día, en las noticias de nuestro país se tratan temas de violencia y muerte; sin embargo, no todos los oyentes y lectores de estas noticias sienten ni dolor ni angustia, pues cada día, según la tasa de mortalidad, Colombia tiene 800 muertes entre casos de violencia femenina, homicidios de líderes sociales, asesinatos por robo, muerte de niños que son abusados por sus padres, etc. “Si hay algún cadáver pasamos de largo, a estas alturas los muertos ya no nos asustan” (Saramago, 1995, p. 265); es decir, nos acostumbramos a ver muertos, nos volvimos apáticos e indolentes.

Como ciudadanos de nuestro país criticamos al gobierno y lo culpamos de todas las desgracias que suceden, pero ¿tenemos la moral para decirlo? Los corruptos y las personas que tienen poder abusan de él, esto es algo que no se puede negar y, que día a día vivimos, pero nosotros, los ciudadanos somos igual de corruptos, pues cuando vemos la oportunidad de mejorar nuestra vida, no nos importa pasar por encima de las otras personas. Como país y como humanidad, nos hace falta empatía, somos tan odiosos que solo nos importa nuestro bienestar, tal como dijo Saramago, “aún está por nacer el primer ser humano desprovisto de esa segunda piel que llamamos egoísmo” (1995, p. 267); por otro lado, somos incapaces de ayudar sin algo a cambio, no nos alegramos por las victorias ajenas y en ocasiones crecemos mientras hundimos a otros. Cuando el cuerpo demanda dolor y angustia se ve el animal que somos, porque sencillamente es una vieja costumbre de la humanidad, esa de pasar al lado de los muertos y no verlos, ya que en pocas

palabras la crueldad es algo que nos ha dado el mundo y la propia humanidad.

Me duele escuchar comentarios de la mayoría de jóvenes que dicen que Colombia no tiene un futuro, que le apuestan a salir del país porque aquí las cosas van de mal en peor. Es cierto que los gobiernos que hemos elegido en los últimos años han defraudado al país, pero si nosotros no pensamos salvar el futuro colombiano, ¿quién lo hará? Saramago decía que “la ceguera también es vivir en un mundo donde se ha acabado la esperanza” (1995, p. 274); sin embargo, creo que Colombia tiene mucho futuro, siempre y cuando todos aceptemos nuestros errores e iniciemos a construir un mejor país, a trabajar en equipo por el bienestar de todos, aprovechar las oportunidades, aunque pocas nos da el gobierno y, educarnos de forma autónoma, leer, ya que este hábito nos hace libres. Colombia atraviesa un alto porcentaje de suicidios de jóvenes entre los 16 y 24 años, soy consciente de que como seres humanos en ocasiones queremos dejar de sufrir, pero ahí entra esa capacidad de resiliencia, la cual nos aferra a la vida y nos ayuda a superar todos los obstáculos que la vida nos pone. El autor decía que hay esperanzas que es locura alimentar, pero si no fuera por ellas ya habríamos desistido de la vida. En lo personal veo el mundo como está y digo ¿para qué vivir? Sin embargo, alimento esas esperanzas de tener un futuro, ayudar, cumplir un propósito y, sobre todo, dejar un legado. Víctor Frankl escribió que el sufrimiento no puede erradicarse y hoy sé que es verdad, todos debemos pasar por sufrimientos, pero el que tiene una razón para vivir es capaz de soportar cualquier cómo, por eso debemos alimentar día a día nuestra esperanzas, estudiar, conocer el hermoso país que tenemos y, sobre todo, luchar por nuestra nación, no solo educándonos académicamente, sino siendo mejores personas, aportar a nuestra cultura. Me gusta tener presente que todos tenemos un lugar en esta sociedad y, aunque no todos los trabajos tienen el mismo reconocimiento, aportan a un mejor país, profesores, personas del aseo, administradores, vigilantes, etc., y es que soy fiel creyente de que cuando el hombre cumple sus sueños, un país entero recibe alegría y se olvida de todo lo malo.

Creo que todos tenemos un propósito que está ligado a nuestros dones y talentos, nuestra parte está en ponernos metas y sueños para cumplirlos, no debemos aceptar al mundo ni tampoco la realidad de nuestro país, debemos luchar por cambiarlo utilizando todo lo que tenemos a nuestro alcance, ya que si lo podemos soñar, estoy segura que podemos lograrlo.

En el libro vemos cómo el hombre sigue buscando satisfacer la necesidad básica de intercambiar comunicación. Creo que es de vital importancia para nuestro país y para dejar atrás la etapa de la ceguera, educarnos, leer fuentes confiables, buscar siempre la verdad y, no quedarnos con lo que dicen algunos medios de comunicación, que tienen claras sus preferencias políticas, tratar de buscar información imparcial que nos diga la

verdad y que nos abra los ojos. Esta es la solución a la ceguera y a un mejor país mejor, porque los misterios de nuestro país no están escondidos, se ven a simple vista; lo que necesitamos es tener un pensamiento claro para identificarlos, poniendo a prueba hasta nuestros propios ideales.

Podemos concluir que para una Colombia mejor, no solo se necesitan mejores políticos, se requiere de personas que despierten, que dejen de ser títeres y conozcan la verdad de su país, seres humanos que quieran trabajar en equipo y se centren en conocer la verdad, que luchen por el país y que aprecien la vida, que se pongan sueños y metas, pero sobre todo, personas que no pierdan su humanidad, empáticas, con responsabilidad social, tanto tú como yo estamos llamados a ser estas personas.

Referencias

Saramago, J. (1995). *Ensayo sobre la ceguera*. Alfaguara.

Esa cosa llamada “humano”

Diego Alejandro Moreno Ramírez

*“No voy a quedarme el resto de mis días
atado a un banco de piedra y mirando una
pared” José Saramago, La caverna.*

El actual sistema económico tiene la pretensión de convertir al humano en “cosa”, es decir, lo mismo que un producto de supermercado; en consecuencia, debe cumplir dos características imprescindibles: empaque y fecha de caducidad.

En primer lugar, se requiere una envoltura llamativa, ropas no solo estéticas, sino también “útiles”. Ya lo señaló Saramago en *La caverna*: “En la vida todos son uniformes, el cuerpo sólo es civil verdaderamente cuando está desnudo” (2003, p. 128).

Al mismo tiempo, así como un enlatado, las “cosas” están etiquetadas con una fecha de caducidad, un momento en el que dejan de ser “útiles”. Asunto también visible en *La caverna*: “No hay gran diferencia entre las cosas y las personas, tienen su vida, duran su tiempo, y al poco acaban, como todo el mundo” (2003, p. 68).

No obstante, es necesario recalcar que aquellas ideas infundadas acerca de la envoltura y la caducidad, no parecen ser promovidas por las propias “cosas” en **conjunto**, pues los objetos son inertes, es decir, carecen de pensamiento, y si se los ve desde la perspectiva cartesiana dejan de existir.

Conviene, entonces, proponer que el existir está organizado por un ente central —único ser pensante con poder—, que engulle todo lo que encuentra en sus márgenes, rompiendo los límites para su satisfacción, para crecer como una bestia; un caso primitivo de ello, fueron los imperios agrarios. Así, según Maya (1995), “la nueva ciudad es un espacio cada vez más desligado de la actividad inmediata del campo, aunque sólo subsiste por ella” (p. 31).

Agregando a lo anterior la utilidad, entendida como un “algo” que satisface un mandato del centro, se diría que está estrechamente relacionada con la apariencia (envoltura); de ello resulta que la única forma de diferenciar las mercancías es por su conformación física en términos generales, dado que nunca una manzana **A**, será igual a una manzana **B**, aunque siempre ambas pertenecerán a un conjunto global de manzanas. El tamaño del conjunto global está determinado por el mercado y este a su vez es un lugar controlado por el ente central.

La utilidad siempre debe ser caduca, en otras palabras, la unión de la utilidad, envoltura y caducidad genera un nuevo concepto en el universo del discurso, el cual se llamará “transformación de las formas” —un cambio físico de un objeto que es capaz de excluirlo de su conjunto global inicial—. Dichos cambios, trascendentales o no, son aspectos indiferentes para el centro. Detrás de todo está la obsolescencia programada, es decir, el abono que prepara el alimento de la bestia.

De estas circunstancias se desprenden las pequeñas muertes artificiales que surgen en la “transformación de las formas”, en muchos casos poco trascendentales, las cuales controlan de modo dictatorial las vidas, al convertirlas en objetos vulgares y banales, alejándolas de su origen natural y, si se puede decir con insinuación descarada, de su “valor” real.

A diferencia de un “banco de piedra”, una cosa banal, sin valor y sin pensamiento, se puede decir que el ser humano tiene la ventaja de cambiar de ojos, así como de nombrar y renombrar, puesto que “las palabras son rótulos que se adhieren a las cosas, no son cosas” (Saramago, 2013b, p. 88).

Con todo y lo anterior, la especie humana puede rebelarse en una revolución atomizada. Aunque una revolución necesita un conflicto, en este caso y, al contrario de los ejemplos históricos, esta debe ser emprendida por cada uno contra sí mismo.

No hay guerra más desgastante, pero de provecho, que la realizada con uno mismo en el campo de batalla de la razón. Una vez consigue liberarse de la caverna y se llega a la ceguera temporal, causada por una nueva luz, hay que tener en cuenta que “la ceguera no se pega, tampoco la muerte se pega, y todos nos morimos” (Saramago, 2013a, p. 41). Planteada así la cuestión, una vez ciegos, ahora reconocidos como perros:

Ningún perro reconoce a otro por el nombre que le pusieron, identifica por el olor y por él se da a identificar, nosotros aquí somos como otra raza de perros, nos conocemos por la manera de ladrar, por la manera de hablar, lo demás, rasgos de la cara, color de los ojos, de la piel, del pelo, no cuenta (Saramago, 2013a, p. 65) .

Referencias

Maya, Á. (1995). *La fragilidad ambiental de la cultura*. Universidad Nacional de Colombia.

Saramago, J. (2013a). *Ensayo sobre la ceguera*. Prisa.

Saramago, J. (2003). *La caverna*. Alfaguara.

Saramago, J. (2013b). *Las intermitencias de la muerte*. Prisa.

En el 2022, el Centro de Escritura Telar de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca realizó, por noveno año consecutivo, la Semana de la Diversidad Lingüística. Con el lema “Entre ensayos y viajes a través de las palabras”, nuestra unidad académica se propuso destacar la obra del Nobel José Saramago, en el centenario de su nacimiento, y materializar el objetivo del evento: “Propiciar un espacio interdisciplinar para sensibilizar a la comunidad acerca de la importancia de las lenguas en la formación profesional”.

En este contexto, se hizo la convocatoria al Concurso Institucional de Escritura, en su segunda versión, con el ánimo de potenciar las prácticas de la lectura y la escritura como herramientas que contribuyen a desarrollar, valorar y construir el conocimiento. Para las dos modalidades de participación: cuento y ensayo, el referente esencial fue la obra literaria de Saramago, la cual explora asuntos como los límites de la democracia, el consumismo, el papel del ciudadano en la cultura, el impulso de los derechos y deberes de la humanidad, la pérdida de la identidad en una sociedad masificada, el analfabetismo funcional como sistema de dominación, entre otros.

Precisamente, sobre estos temas que tocan todas las aristas de la sociedad contemporánea dan cuenta los nueve cuentos y cuatro ensayos que constituyen el presente libro. Cada escrito visibiliza la capacidad creativa, argumentativa y vital de sus autores y las posibilidades que ofrecen las palabras.